

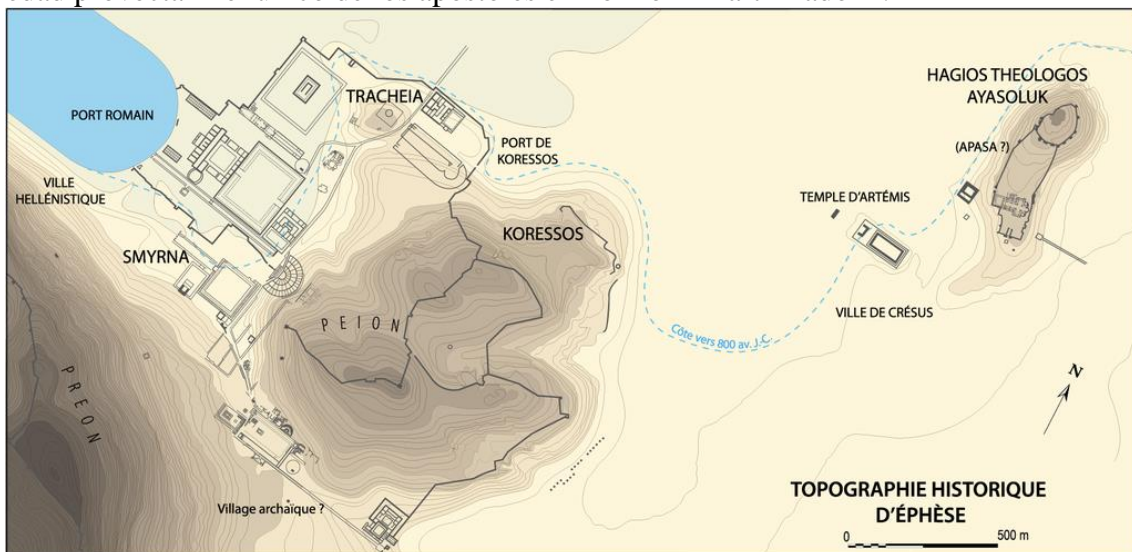


La iglesia de S. Juan de Éfeso.

1. Una iglesia sobre la tumba de San Juan.

Luego de la crucifixión de Jesús, los apóstoles huyeron de Jerusalén. Era demasiado arriesgado quedarse ahí. A Juan correspondería llevar el Evangelio al Asia Menor. Así fue como llegó, entre el año 36 y el 42, a la población griega de Éfeso, organizada en torno al templo de Artemisa, y es muy probable que llegara aquí con María. Desde la cruz, Jesús se dirigió a María y le dijo, refiriéndose a Juan: “Éste es tu hijo”, y a Juan: “Ésta es tu madre”, encomendando uno al otro.

Es improbable que Juan, “el apóstol amado”, desatendiera este legado postrero de su Mesías. Hay mucha oscuridad en torno a la vida de estos primeros seguidores de Jesús, que ha dado lugar a debates sin solución, en verdad, desde el punto de vista histórico. Se sabe que Juan estuvo una temporada en la isla griega de Patmos, en el Egeo, no muy lejos de aquí, y que ahí habría redactado o transcrito el Libro de las revelaciones, o el Apocalipsis, que le dictara un ángel, y es probable que muriera de vuelta en Éfeso, a edad propecta —el único de los apóstoles en no morir martirizado—.



Plano de la antigua ciudad de Éfeso.

La tradición quiere que Juan solicitara, ante su muerte, que sobre su sepulcro se levantara una iglesia, y así habría procedido la pequeña comunidad de seguidores que lo rodeaba. Sobre estas informaciones se levantan aquí estas ruinas.

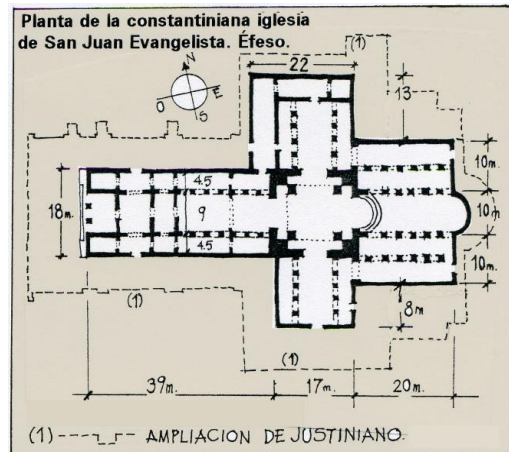
Antes del siglo IV había ya una capilla tosca de madera señalando el sitio de la sepultura de Juan, en lo alto de una colina yerma con el nombre turco de Ayasuluk. Procopio de Cesarea, el historiador bizantino, informa que había sido construida por los nativos, y dedicada a Juan.

En un gesto magnífico de poder imperial, Justiniano, el emperador cristiano, mandó erigir aquí una basílica, sobre la base de un diseño anterior de Teodosio, a una escala acorde con la santidad del sitio, cuya construcción inició en el año 536, y siguió el modelo de Santa Sofía, su contemporánea.

Parte de la extinción del templo de Artemisa, por cierto, se explica por el reciclaje de sus materiales para la construcción de la Basílica de San Juan. Fue durante mucho tiempo la segunda iglesia más grande del mundo.

Queda poco de aquel edificio, salvo las ruinas. Desperdigados por el suelo, capiteles jónicos, portales que sólo prestan un marco al paisaje, arcadas de ladrillo, columnas solitarias y el grito gris de la gaviota, bajo un cielo encapotado. Una pila bautismal y, señalado por cuatro columnas como puestas para un dosel, el sitio del sepulcro.

Una leyenda muy extendida en la Edad Media afirmaba que en su sepulcro, el cuerpo incorrupto del apóstol respiraba, agitando el polvo a su alrededor. Bendecido de esta manera, ese polvo, llamado manna, curaba milagrosamente. Por ello, la colina también se llamó del Aliento Sagrado. Durante la Edad Media, el templo se convirtió en un sitio de peregrinación importante. La orden de los Caballeros de San Juan, instalada en un castillo en las cercanías, prestaba su vigilancia al templo, hasta que Soleimán los echó de ahí. Los fieles volvían a Europa con frasquitos que contenían un poco de ese polvo prodigioso.



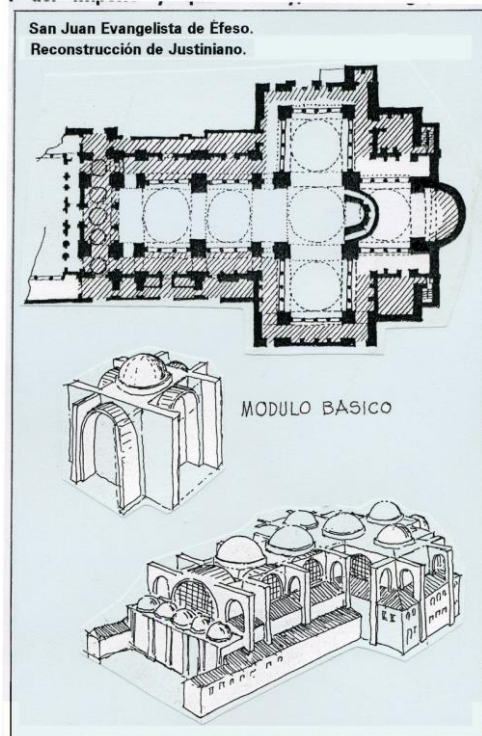
Superposición de la iglesia original y la reconstrucción de Justiniano.

2. La iglesia y sus reconstrucciones.

Como hemos dicho anteriormente, la primitiva iglesia de San Juan Evangelista levantada en Éfeso poco después del año 400, era una basílica constantiniana de planta de cruz latina, seguramente inspirada en Los Santos Apóstoles de Constantinopla. Disponía de largos brazos, aunque el mayor, o de entrada, acortaba su longitud para alojar en él al nártex y al esonártex. Puede verse en ello el deseo incipiente de la nueva liturgia por acortar la longitud de las naves y potenciar el espacio central. También puede apreciarse en esta planta, un paso importante en la adaptación de la forma basilical al nuevo espacio de la iglesia bizantina, que prolongando los brazos del transepto originó la planta de cruz

latina con bóveda, pasando pronto a la cruz griega y a la propuesta de edificios menos monumentales.

Se trataba de una enorme construcción precedida por un gran atrio y donde todos los brazos disponían de tres naves, aunque el de la cabecera, que terminaba en un pequeño ábside, se vio ampliado a cinco, probablemente antes de que se acabaran las obras de construcción y como consecuencia de la preparación de un concilio que no llegó a celebrarse en ella. No obstante, después de la reforma de Justiniano, también este brazo volvió a quedar disponiendo de solo tres naves. El crucero, que singularmente, tomaba el ancho de las tres naves, se resolvía con cuatro enormes soportes pétreos en "L" que alojaban en su interior un núcleo de una seria argamasa, al modo del hormigón romano, y que, por sus proporciones, parece no dejar duda de que esta primera construcción se resolviera ya con cúpula. Lo cual, puede apoyar la tesis de que también fuese ésta la solución de la cubrición del espacio central de la primitiva iglesia de Los Santos Apóstoles de Constantinopla.



La planta definitiva de tiempos de Justiniano.



Aspecto que tendría la iglesia, maqueta del sitio.

Dentro del espacio definido por los cuatro grandes soportes que acabamos de describir, otros tantos, también importantes, conformaban un baldaquino, probablemente resuelto con una bóveda de aristas, de ladrillos, más baja que la anterior.

Los muros de esta iglesia de Éfeso, que se había cimentado sobre otra anterior arruinada, probablemente del siglo II, se levantaron con una mampostería irregular muy argamasada y enripiada, y se reforzaba o estabilizaba por medio de verdugadas o franjas de ladrillo. Esto nos permite afirmar, que ya esta primera construcción de Constantino estuvo muy vinculada a la capital del Imperio y que respondía a una realización muy romana.

Las obras emprendidas sobre la iglesia, terminaron siendo una reconstrucción total, en la que sólo se aprovecharon los cuatro soportes del crucero que, además, tuvieron que ser ampliados. Los deseos de dotar a la construcción de grandes bóvedas y de la impronta imperialista hizo que la iglesia resultante no se pareciera a la primitiva más que, formalmente, en su tipo de cruz latina. Así, desde el punto de vista estructural, la nueva



Bajo esas cuatro columnas la tumba de San Juan, detrás en semicírculo la bema o lugar reservado al clero.

propuesta nada tenía que ver con la anterior. El módulo básico de la arquitectura bizantina compuesto por cúpula sobre el espacio cuadrado, controlado por arcos de gran profundidad o por cortas bóvedas de cañón, que se había ensayado en Santa Irene de Constantinopla y que hemos descrito con gran detalle, fue empleado en una sucesión perfecta, en cada una de los brazos de la cruz.

Es obvio que la nueva iglesia mantuvo su planta de cruz latina, pero entenderla, estructuralmente como basilical es una manera muy parcial de observarla. El espacio de sus naves no puede entenderse como un espacio basilical continuo. Cada porción de nave lateral se relaciona con su espacio central. El gran espacio quedó subdividido de la misma forma que vemos en San Marcos de Venecia, iglesia a la que nadie puede adjudicarle la condición de basílica. Es probable que los mismos cambios los experimentase la reconstrucción de los Santos Apóstoles de Constantinopla, pues de siempre y como ya lo hemos dicho, esta iglesia y, desde luego, la veneciana iglesia de San Marcos, se han tenido como copias muy directas de aquélla.

Teodora, que murió a los 48 años (+548) debió tomar parte muy activa en el proyecto y en los comienzos de la obra, pues así puede deducirse de los capiteles, donde figura su monograma, pero no pudo verla terminada y probablemente tampoco lo hiciera Justiniano, ya que la obra se consagró el mismo año (565) que este fallecía.

Tras la reconstrucción, todos los brazos quedaron dotados de cúpulas, dos ligeramente elípticas en la nave central. También el nártex se compuso como asociación o adición del "módulo base estructural", que hemos comentado. Así, quedó cubierto por medio de cinco pequeñas bóvedas.

La construcción, al menos su planta baja con muros de cinco metros de altura, se levantó con una fábrica pétreo, de grandes sillares bien escuadrados, con hiladas alternadas, de alturas distintas, mostrando una sillería fajada de gran orden.

Dispuso de tribuna y ambulatorio. Los muros transversales se prolongaron más allá de la cubierta de la tribuna, mostrándose, al exterior, como serios contrafuertes, cosa que no fue nada frecuente en la construcción bizantina. No obstante, fue un claro exponente de la apuesta de abovedamiento de esta arquitectura y de que en toda la etapa justiniana, la construcción desarrollada en Éfeso constituyó un manifiesto baluarte de la construcción que tenía lugar en Constantinopla.

Se terminó con la gran austeridad que muestran la corta manipulación de labra de sus capiteles jónicos. Recientemente, en 1965, los restos de sus muros han sido objeto de restauración.



Vista de la iglesia, en un primer plano el atrio, detrás la puerta principal (lado oeste), detrás la iglesia propiamente dicha.